

soberanía orgánica y universal ha llegado á ser un elemento natural de la humanidad. Se ha visto á esa enorme Inglaterra de que hablaba, separarse de Roma, proscribirla, inventar contra ella suplicios atroces, y á pesar de este aparato, Roma ha conservado en el seno de esta isla soberbia, durante trescientos años consecutivos, una cristiandad que recibía sus enviados, sus leyes, sus juicios, que oraba con ella, que pensaba con ella, que padecía y se regocijaba con ella, que moría feliz por ella. ¡Qué milagro, Señores, repito! ¿y cómo explicarlo?

¡Ay! voy á deciroslo: es que la naturaleza se rebela contra el orgullo y la dominacion; pero contra la verdad, contra el bien, contra Dios, no hay montañas, ni desiertos, ni hielos, ni sol ardiente, ni mares borrascosos, ni barreras armadas. Y por eso al anunciar de lejos el profeta esa potestad de universalidad que hay en la Iglesia, y complaciéndose amorosamente en ella, no se cansaba de dirigir á la naturaleza un reto triunfal, como oímos gritar á Isaías con todas sus fuerzas en el oficio mismo de este día: *Todo valle será alzado y todo monte y collado será abatido, y lo torcido se enderezará, y lo áspero será caminos llanos* (1). Y en otra parte, y mil veces: *Pasad, pasad por las puertas, preparad la senda al pueblo, allanad el camino, escoged las piedras, y alzad un estandarte á los pueblos* (2). ¿Y para qué, oh profeta? ¿para qué deben abrirse las puertas, caer las barreras, perder la naturaleza todas sus zelosas precauciones? ¡Ah! responde el profeta: *Mira que tu rey viene con justicia y dulzura, viene pobre y sentado sobre una asna y sobre un pollino, hijo de asna* (3). Hé aquí el que lo hace todo y el que lo cambia todo. *Abrid las puertas, y éntre la nacion justa que guarda la verdad* (4). La ciencia no había entrado; la potestad no había entrado; Nínive, Babilonia, Alejandría, los Romanos no habían entrado; pero el Hijo del hombre, sentado sobre el hijo de la asna, entrará, ha entrado, y entrado para no salir jamás.

¿Me preguntaréis aun por qué? ¿y habré de deciroslo bajo otra forma? Es porque la verdad da valor para subir las montañas, para habitar los desiertos y acostumbrarse al sol. Parte un misionero, sabiendo que no vivirá mas que diez años; ¿qué le importa? La verdad que anuncia es eterna, la eternidad le volverá los días que ha perdido. A vosotros, hombres que solo trabajáis para vosotros, nadie os volverá los vuestros, nadie mas que vosotros mismos

(1) Isaías, cap. 40, vers. 4. — (2) *Ibid.*, cap. 62, vers. 10. — (3) S. Mateo, cap. 21, vers. 5; y Zacarías, cap. 9, vers. 9. — (4) Isaías, cap. 26, vers. 2.

será vuestra recompensa. Pero Dios se acuerda de un vaso de agua que se dé en su nombre; el apóstol lo sabe, y abandona su patria, su familia, se abandona á sí mismo para llevar á los confines del mundo el vaso de agua de la verdad, y este vaso de agua protegido por Dios, que es quien le envía, y por la caridad que lo lleva, este vaso de agua triunfa del espacio donde han perecido todos los conquistadores. Sigamos sus destinos, y despues de haberle visto en lucha con la naturaleza, veámosle en lucha con la carne y la sangre.

Lo mismo que el espacio, tiene la humanidad en sí recursos infinitos contra la expansion de la universalidad. El primero es su division por razas. Porque aunque salga el género humano de su tronco único y primordial, y que circule la misma sangre en sus venas, no obstante hay una facilidad extrema y casi inexplicable en sacar de esta unidad primitiva generaciones distintas por su fisonomía, sus aptitudes, sus gustos, sus costumbres y su historia. Si estos caracteres distintivos fuesen variables, intransmisibles, no habria razas; la raza impone á la vez una variacion en la especie y la perpetuidad de esta variacion; es decir, el concurso de una fuerza móvil para producir la diversidad, y de una fuerza inmutable para mantenerla. Por difícil que sea comprender este fenómeno, y aunque los sabios hayan preferido dudar del origen comun del género humano, nos toca no obstante tan de cerca y por tantos lados, que lo vemos en todos momentos en las familias, en las provincias y en las naciones. Cualquiera que haya viajado reconocerá á la primera mirada á un Inglés, á un Español, á un Italiano, á un Aleman, no obstante que sean pueblos tan vecinos unos de otros, y que se hallen ligados hace mas de mil años por la religion, la paz, la guerra, el comercio, las letras, las artes, y casi por un mismo cielo; tan moderadas son las diferencias del clima. En Francia mismo, bajo el imperio de una unidad social que ha tenido sin duda su gradacion, pero que siempre ha existido mas ó menos, es discernible á la vista del observador el tipo de las provincias de la monarquía; jamás confundirá al Francés del Norte con el Francés del Mediodía, al Breton con el Aquitano, al Borgoñon con el Auvernés. Si tal es la fuerza de la raza en comarcas limítrofes, á pesar de tantas causas como deberian aniquilarla, ¿qué será respecto del Griego y del Hindou, del Caribe y del Chino? Tres grandes razas primitivas, la de Sem, la de Cham y la de Jafet, han dividido el género humano en tres ramas marcadas con un enérgico carácter de diversidad, y en estas mismas ramas se ha

multiplicado la diversidad hasta lo infinito con una inmovilidad y una perseverancia iguales una á otra, y que hacen del mundo moral lo que la distancia, la configuracion y el clima han hecho del mundo físico, un teatro rebelde á toda tentativa de universalidad. Esto era necesario, para que contrabalanceándose las razas, no estuviesen nuestros destinos á merced del primer pueblo que hubiera sido el mas fuerte.

Este obstáculo no estaba preparado contra la potestad de la verdad y de la caridad; así la sociedad católica ha pasado por encima de él con un vuelo muy fácil. De la raza de Sem, donde tenia todas sus raices de antigüedad por el pueblo judío, se arrojó en la raza de Jafet, que llenaba la Europa, sin despreciar el Africa, la antigua patria de Cham. Asociada á los grandes ramales, su mezcla con los vástagos inferiores no ha sido ya mas que un juego; los Bárbaros la han reconocido por su madre unos despues de otros, y cuando se abrieron las dos Indias al Oriente y al Occidente ante nuestros afortunados navegantes, las cien razas de estos nuevos continentes no miraron á la piel de la Iglesia: estaba coloreada con la sangre de Jesucristo, que es la sangre universal.

Esta asimilacion de la sociedad católica con todas las razas humanas es tanto mas notable, Señores, cuanto que no se hallan todas en el mismo estado de cultura social, y que además de la distincion de su carácter nativo, pertenecen aun á edades diferentes, que son la barbarie, la civilizacion, la decadencia y el estado de salvaje.

La barbarie es la infancia de las razas. Se reconoce en la preponderancia del cuerpo sobre el espíritu. El bárbaro vive de la sangre y no del pensamiento. Cuando, al contrario, principia el espíritu á prevalecer sobre el cuerpo, se anuncia el reinado de la civilizacion, reinado ilustre, consagrado por el desarrollo de las letras, de las ciencias y de las artes, por una actividad grave y sencilla que llena la vida elevándola. En la época de decadencia, vuelve á hacerse superior el cuerpo, no ya el cuerpo grosero del bárbaro, sino el cuerpo refinado, perfumado, gastado, lleno de inteligencia, y no obstante vuelto á los instintos mas viles, que no excusa ya la ignorancia, que no explica el vigor, y que hacen del alma así caída la guarida innoble de un egoismo sutil y delicado. El estado salvaje, el último de todos, es la vuelta á la barbarie, pero á una barbarie destruida, que ya no es aun capaz de sostener los rudimentos de una sociedad.

No es difícil, Señores, descubrir los obstáculos que encuentra la expansion de la universalidad en estas edades tan diversas de generaciones, y con qué flexibilidad de órganos debe estar dotada la Iglesia para asimilarlos, sin perder nada ella misma de la plenitud de su edad y de la eternidad de su civilizacion. Ya sabeis si lo ha conseguido. ¿Se trata de la barbarie? ella ha convertido á todas esas mezclas de hombres que han devorado el imperio romano. ¿Se trata de la civilizacion? ella se ha formado en el siglo de Augusto, ella misma ha formado el siglo de Leon X y el de Luis XIV. ¿Se trata de la decadencia? el Bajo Imperio está ahí para decir su accion. ¿Se trata en fin del estado salvaje? ella ha creado el Paraguay, y desde las riberas de la Plata hasta los lagos y las montañas del Canadá, se ha hecho amar por las tribus errantes de ambas Américas con un amor inocente y santo que conmueve mas el corazon que las mismas escenas de las Catacumbas y de los mártires. Ella lo ha acometido pues todo, y se lo ha asimilado todo en la escala de las razas y de las edades sociales: los pueblos en la infancia, los pueblos viriles, los pueblos ancianos, los pueblos que han vuelto á la infancia. Pero aun no es este el resultado mas decisivo de su universalidad; habiéndose ocupado de las razas, ha tenido que ocuparse de alguna cosa mas terrible que las diferencias de origen, de cultura y de costumbres, ha encontrado el obstáculo de la nacionalidad.

Una nacion es una raza condensada en un territorio y en una organizacion. La organizacion no es otra cosa que la unidad que resulta de un poder jerárquico, legislativo, judicial y administrativo. Este poder es las mismas entrañas de la nacion, toda su vida, toda su historia, todo su orgullo, pues que ella no es un cuerpo sino por él, solo obra por él, y no subsiste sino por él. Esta sola palabra os revela, Señores, el abismo en que hemos caido. Una nacion es una unidad real y orgánica, poseyendo la totalidad de los atributos del poder; y por consiguiente, cuando la sociedad católica, poseyendo tambien la totalidad de los atributos del poder, se presenta á una nacion, no le pide mas ni menos que admitir en ella, en sus hogares, en sus destinos, en sus consejos, otra jerarquía que su jerarquía nacional, otra legislatura que su legislatura nacional, otra magistratura que su magistratura nacional, otra administracion que su administracion nacional, otra unidad que su unidad nacional, otra vida que su vida, otra soberanía que su soberanía. Decidme, os ruego, ¿es esto posible? El poeta lo ha dicho: *No se reparte el soberano imperio.* ¡ Y se pide á una nacion que reparta su púrpura; se quiere que así

como S. Martín dividió por la mitad su capa para cubrir con la una á un pobre, divida una nación por la mitad su traje para darlo, no á un pobre, sino á otro más rico que ella, á una sociedad que se juzga universal, y que por este hecho no tiene ningún límite asignable en el espacio y en el tiempo! Os lo repito: ¿es esto posible humanamente?

Preciso es que sea grande la dificultad, puesto que aun hoy, á pesar del ascendiente de una cosa realizada, no obstante que sea Francia una nación católica y que se hayan gustado en ella ideas de libertad de conciencia, sin embargo uno de los obstáculos para la reconciliación religiosa de los espíritus en nuestra patria, es la preocupación que nos echa en cara el pertenecer á un soberano á quien se llama extranjero. Yo no la justifico, pero existe; es perdonable tal vez á quien no se halla iluminado por la luz divina, y que dejando aparte la historia, juzga de las cosas más profundas por ciertas apariencias ó conclusiones del sentido común. No lo olvidemos, Señores; sepamos en nuestras discusiones condolernos de los que no tienen la misma fe que nosotros, y á los cuales pedimos el respeto á un milagro tan admirable como el milagro de la catolicidad. Porque en fin este milagro, á pesar de la incompatibilidad aparente con los derechos sagrados de las naciones, se ha realizado. Está admitido en Europa y en todos los pueblos civilizados del antiguo y del nuevo continente, que existen dos potestades distintas por su naturaleza y su objeto, ambas proviniendo de Dios, ambas soberanas cada cual en su esfera, pudiendo separarse ó unirse con condiciones equitativas recíprocamente aceptadas. Este dogma, humano y divino á un mismo tiempo, es considerado como una de las garantías de la libertad y de la civilización, y á pesar de la influencia de las preocupaciones nacionales, ninguna inteligencia podría comprender una religión que recibiese su vida de la misma fuente que los derechos y los intereses temporales, gobernada por las mismas leyes y sostenida por las mismas manos. Nuestro siglo, Señores, se ha abierto bajo los grandes auspicios de un tratado entre ambas potencias, entre la sociedad católica representada por un anciano cuyo predecesor había muerto cautivo, y la sociedad francesa representada por un joven cónsul, pero á quien había envejecido la victoria antes de tiempo y preparándole para uno de esos cargos solemnes que fundan ó que salvan á las naciones. A su voz, á pesar de la sonrisa aun viva del siglo XVIII, las enseñas de la República y de la cruz de Jesucristo se inclinaron para reconocerse y tocarse, y la Europa, atónita, viendo al vencedor

de las Pirámides cubrir este abrazo con su nombre, conoció que aun era Jesucristo el señor del mundo.

Debería pararme aquí, Señores; porque ¿qué más puedo decir? ¿Qué resta en el milagro de la catolicidad que no se haya revelado á vuestra admiración?; Quizá Señores, quizá! De la raza y de la nacionalidad nace en el corazón del hombre el amor á la patria, sentimiento profundo y exclusivo que se alimenta en la historia de lo pasado y con los recuerdos de nuestra vida personal, á que se refiere todo cuanto hemos visto, sido y hecho, desde los días inocentes de nuestra infancia hasta las agitaciones de nuestra edad madura y á la perspectiva de nuestro sepulcro. Allí todo es santo, allí nada debe perderse; ninguna transacción debe tocar el umbral de un lugar de nuestra alma tan reverenciado. Pero nuestra inscripción en otra sociedad que es universal, nuestra adhesión á pensamientos y á leyes de un orden más grande, nuestra asociación á eternos destinos, ¿no marchitarán hasta en su raíz el amor de la patria? Aquí, Señores, al menos vosotros que sois cristianos, podéis responder por mí. Sabéis el arte con que Dios ha fundido en vuestro corazón el sentimiento católico y el sentimiento patriótico; por qué movimiento tan sencillo é inapercibido por vosotros mismos, haceis una sola cosa de la casa de vuestra infancia, de la iglesia, del cementerio, de los bosques, de los campos, de la oración, de la amistad, queridos y piadosos elementos de vuestra vida, que no le embarazan más que á la flor la tierra de que recibe su savia y el cielo donde respira. La historia del mundo responde á la de vuestro corazón. Ella ha dicho con voz bastante fuerte cuál fué en todas partes, en las batallas y en los consejos, la adhesión de los católicos en los días en que la patria la reclama. Ella ha dicho si se ha disminuido el patriotismo en el mundo después de Jesucristo, y si no se combaté ya como en otro tiempo, porque se haya agrandado el templo, por *el altar y el hogar*, estas dos cosas sagradas que los antiguos no separaban. No es posible dudar respecto á esto. Cada nación católica ha tenido sus Macabeos; la religión ha participado de su gloria y de sus intereses sin dejar de ser universal, y ha bendecido sin traición las banderas contrarias, y ha cantado la victoria y honrado la derrota á un mismo tiempo, á la manera que tiende Dios sobre todos desde lo alto de su trono, á pesar de la diversidad de los pueblos y de los sucesos, la imparcialidad apasionada de su amor. Nadie se engaña en esto; todo el mundo siente que lejos de excluirse la Iglesia y la patria, el sentimiento nacional y el sentimiento religioso, se fortifican el uno por el otro, se

elevan el uno por el otro, y que tocando al pecho de cada uno de nosotros, darán el cielo y la tierra este célebre grito:

¡ Oh, cuán querida al corazón cristiano
La dulce patria es!

¿Cómo ha podido operarse esta fusión? ¿Por qué misterio dan un mismo sonido el tiempo y la eternidad? Poco nos importa descubrirlo ó ignorarlo. Aceptemos los beneficios de Dios, aunque no sepamos en qué tesoros los ha tomado. Él es quien ha hecho la patria, él es quien ha hecho la Iglesia, él es quien ha hecho también el amor que nos pide para los dos.

Mi tarea está cumplida, Señores; conocéis enteramente el prodigio de la catolicidad. Tiene su primera raíz en la unidad pública de los espíritus fundados por la doctrina católica; esta unidad ha recibido una organización que no es separable, y que forma un cuerpo viviente dotado de todos los atributos del poder social; y en fin, la unidad doctrinal y orgánica, en despecho de las resistencias de la naturaleza y de la humanidad contra toda expansión ilimitada, ha concluido de desplegarse en este reino universal que llama la Escritura el Reino de Dios.

No obstante, Señores, este reino no es universal con una universalidad absoluta; se entra en él por un acto de voluntad; se sale de él también por un acto de voluntad. Muchos de vosotros son también extranjeros para él: yo les ruego que vean si deben rehusarle por más tiempo su obediencia. Lejos de él ¿han podido colocar sus ideas en el reposo? ¿Han encontrado alguna unidad en los entendimientos? ¿Se hallan satisfechos de sí mismos y del mundo? Si no lo están, ¿por qué tardan en entrar en el reino de la inmutabilidad, de la unidad, de la universalidad? Las maravillas que han oído son bastante visibles para conmover su inteligencia, y la luz que aun les falta es la misma que aun les espera en el santuario, y que no se ve jamás desde fuera de él. Yo los llamo, pues, al interior; yo les digo: Venid y gustad. Un día en su interior os valdrá más que mil en su atrio.

SERMON TRIGÉSIMO SEGUNDO.

De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto al principio del derecho.

Toda sociedad tiene un objeto, y por consiguiente, esta gran sociedad que ha fundado Dios en la tierra, la sociedad católica, tiene un objeto. ¿Cuál es? No es, Señores, un objeto terrestre; divinamente fundada, la sociedad católica tiene un objeto divino. Ella es el germen visible de una ciudad que aun no se ve, pero que es la única verdadera, para la que ha sido hecho todo, y de la que decía S. Pablo: *No tenemos aquí bajo una ciudad permanente, pero buscamos la que lo sea.* La sociedad católica es la preparación de la eterna sociedad de los justos con Dios; ella forma y madura las almas que merecerán verle un día en la desnudez de su esencia, y poseerle en un amor que jamás concluirá. Pero este objeto misterioso y supremo ¿excluye todo otro objeto? ¿No está precedido este beneficio final de ningún otro beneficio? ¿Cuál es la relación de la sociedad católica con la sociedad natural, es decir, con la sociedad que resulta de nuestros intereses y de nuestras necesidades presentes? ¿Hay divorcio entre una y otra? La sociedad divina ¿pasa al lado de la sociedad humana desdeñándola, preocupada únicamente en su fin ulterior, ó bien le tiende una mano auxiliar y amiga, y se las ve marchar juntas como dos hermanas de diversa madre, pero de padre común? En otros términos: la expansión de la sociedad católica en el espacio y el tiempo, ¿ha sido un acontecimiento feliz ó desgraciado para la humanidad, ó bien un acontecimiento que no ha afectado sus destinos visibles? Yo respondo osadamente, Señores, que el desarrollo de la sociedad católica ha producido en el mundo, por un contragolpe inevitable y querido por Dios, la revolución más inesperada y más deseada. Este será el objeto de los Sermones que siguen. No os trazaré anticipadamente su marcha y su plan; ya sabéis que no acostumbro hacerlo. No sigo una gran ruta diseñada y orientada con arte, sino un sendero sencillo que sigue como puede las escarpaduras de la montaña, y os lleva á la cima ocultándoosla. Espero que me